LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 25 DE JULIO DE 1887 — NUM. 291

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Reuniones de confianza*, por don Mariano de Larra y Ossorio.—*Los invisibles*, por don Cecilio Navarro.—*Pico de oro* (conclusión), por don José de Siles.—*Velocipedistas militares.*—*Física sin aparatos.*

GRABADOS.—*El Judío errante ante el cadáver de un niño*, cuadro de Gabriel Max.—*Amor fraternal*, cuadro de Blume Sirden.—*Los vasallos del Duque de Saboya*, cuadro del profesor Mariani.—*Los emigrantes*, cuadro de Llimona.—*Una historia increíble*, cuadro de Schroeder.—*En la estepa*, cuadro de J. Brand.—*Los velocipedistas militares.*—*Física sin aparatos.*—*Suplemento artístico: Mahoma.*—*La plegaria antes de la batalla*, cuadro de Domingo Morelli.

NUESTROS GRABADOS

EL JUDÍO ERRANTE ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO, cuadro de Gabriel Max

La leyenda del Judío errante se ha prestado y prestará siempre para que el poeta y el artista se inspiren en ella con éxito, siempre que su talento se halle á la altura de la antigua tradición de Jerusalén. Gustavo Doré representó á su manera varias escenas del eterno viaje de Ahasverus, desplegando en sus dibujos la exuberante fantasía que resplandece en todas las obras de tan malogrado artista. Gabriel Max, á quien conocen ya nuestros lectores, pensador más profundo, talento más sintético, ha encontrado manera, tan sencilla como natural y conmovedora, para darnos idea del tormento que sufre el despiadado judío.

Aquél, cuyo mayor suplicio consiste en no poder morir, se encuentra en su interminable marcha con el cadáver de un niño, cuya vista le engolfa en un mar de reflexiones. ¡Qué sarcasmo! Ese niño tenía delante de sí un porvenir brillante. Contaba con el amor de sus padres, de quienes era la alegría, el consuelo, la esperanza, el lazo que estrechaba más y más una venturosa unión. ¿Quién ha segado el tallo de esa flor? ¿Quién ha destruído tantas ilusiones?... La muerte, esa deidad, implacable con todos menos con Ahasverus, que la invoca, que la maldice, que la escarnece inútilmente todos los días!...

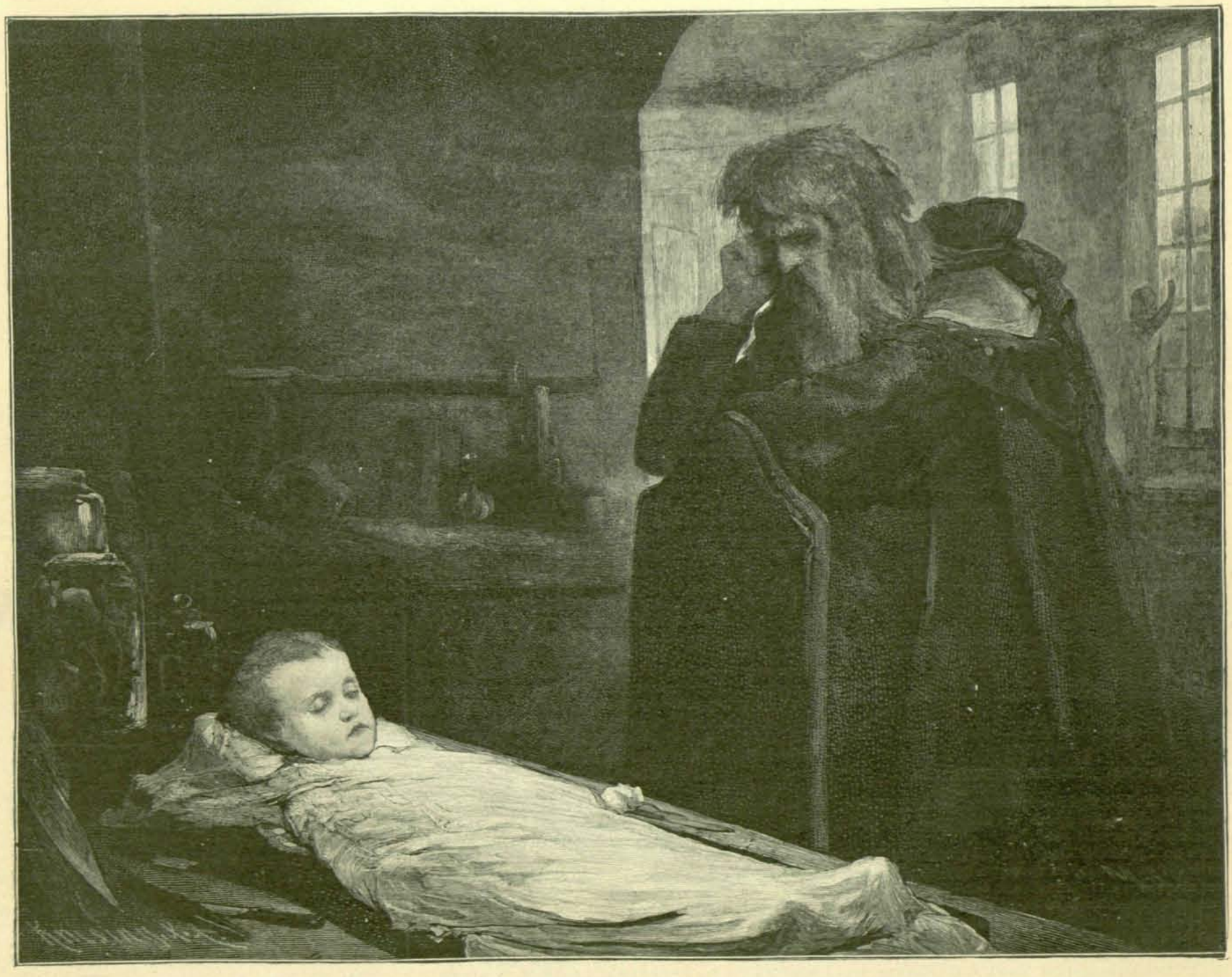
Este cuadro está meditado con verdadero ingenio y ejecutado con una verdad que impresiona profundamente. El judío envidia al niño; el titán se postra ante aquel débil ser que la muerte ha condenado. Max ha dado forma á una idea sublime para expresar lo terrible de la sentencia que pesa sobre Ahasverus.

AMOR FRATERNAL, cuadro de Blume Sirden

La naturaleza humana está mucho menos pervertida de lo que se quiere dar á entender. Todavía hay idilios, y estos idilios no son menos simpáticos porque las pastoras no vistan el imposible traje de Estela, ni los corderitos que apacentan lleven corbatas de color de rosa como los de aquella Arcadia que Florián se empeñó en hacernos soñar. Blume Sirden, empleando medios más verdaderos, nos ha hecho sumamente simpático un tipo que más ó menos estético, es muy común, por fortuna, en nuestros campos.

LOS VASALLOS DEL DUQUE DE SABOYA cuadro del profesor Mariani

La paz de Chateau Cambresis devolvió al duque Manuel Filiberto de Saboya los estados que su padre Carlos III había perdido durante las guerras habidas entre Carlos V de Alemania y Francisco I de Francia. Mas cuando llegó la ocasión de recobrar las fortalezas ocupadas por los franceses, que se encontraban muy bien en ellas, surgieron toda suerte de dificultades, hasta que se convino en su ocupación indefinida por aquellos, que á tanto equivalía la exigencia de una cuantiosa suma que Filiberto no poseía, arruinado como se hallaba personalmente á causa de sus largas campañas. En semejante estado, hizo un llamamiento al patriotismo de sus vasallos, pidiéndoles sus riquezas á trueque de que el extranjero no continuara manchando el Piamonte. A la voz del patriotismo, los piamonteses subalpinos acudieron unánimes al llamamiento, y tales fueron los donativos voluntarios en dinero, joyas y toda suerte de artículos, que el Duque pudo en breve tiempo pagar á la soldadesca francesa sus atrasos, librando al país de su importuna dominación.



EL JUDÍO ERRANTE ANTE EL CADÁVER DE UN NIÑO, celebrado cuadro de Gabriel Max

Copia de una fotografía del Instituto Artístico de Praga

Este asunto ha escogido Mariani para pintar un gran cuadro histórico, conmemorativo de una noble explosión de amor patrio. Tiene lugar la escena en un patio del castillo de Rivoli, hoy derruido, á donde acuden los generosos donadores, demostrando visiblemente la satisfacción de que se hallan poseídos. Desde una de las miradas de la fortaleza Manuel Filiberto presencia la conducta de sus vasallos que le aclaman y compiten á porfía en generosidad. Es un lienzo inundado de luz y que respira calor y vida hasta en el más insignificante de sus detalles.

LOS EMIGRANTES, cuadro de Llimona

¡Emigrar!... ¡Abandonar la patria, renunciar á la familia, lanzarse á lo desconocido, huir de la miseria para caer, probablemente, en la desesperación!... ¡Qué cúmulo de pensamientos tristes, horribles, provoca la idea del emigrante!... ¡Cuántas torturas antes de tomar resolución tan suprema!... ¡Cuántas más al llegar la hora del tardío arrepentimiento!... Europa es muy pobre ó es muy poco amante de sus hijos, cuando contempla indiferente esa calamidad que la deshonra y la desangra. Cada vez que llega á puerto americano un buque con cargamento de emigrantes, los hijos del país deben reirse á mandíbula batiente de esa vieja y orgullosa hija predilecta de la civilización que con tantos sabios, tantos filósofos, tantos filántropos, no ha encontrado contra el hambre que aqueja á millones de sus hijos, más recurso que embutirles en la cala de un buque y pedir á la antigua esclava que haga por ellos lo que no puede la altiva señora, darles un pedazo de pan á cambio de un día de trabajo...

Vanamente algunos estadistas han llamado la atención hacia tamaña desdicha: Europa continúa surtiendo á América de aquellos parias que ya no la proporciona Africa. No parece sino que al condenar la trata de negros, se tuvo en cuenta la urgente necesidad que había de sustituirla por la trata de blancos.

Y he aquí que á donde no ha llegado la ciencia, pretende llegar el arte. El artista no se amilana como el hombre de estado: él no puede evitar el daño; pero puede conmover al público con el espectáculo de sus víctimas. Empresa tan digna de aplauso ha acometido Llimona, y por ello solo merecería un aplauso, si en la ejecución de su cuadro *Los emigrantes*, el artista no hubiera disputado el premio al hombre de corazón. Ese lienzo no puede contemplarse sin emoción profunda. Los emigrantes se embarcan en el puerto de Barcelona; es decir, de la capital de las provincias más trabajadoras de España; parten esos infelices, por falta de trabajo!... ¡Qué lección para los que pudieran evitar esas desgracias y las contemplan impasibles! ¡Qué cúmulo de cargos contiene la mirada de ese honrado padre de familia, al despedirse de su ingrata patria!

Algún día esos Estados de América que compadecimos no ha mucho nos cobrarán, con intereses usurarios, el pedazo de pan que llevan á la boca de nuestros emigrantes. Aquel día muchos ocultarán el rostro con vergüenza: únicamente se sentirán tranquilos los hombres de corazón que, como Llimona, en la esfera de sus medios, hayan cumplido con su deber.

UNA HISTORIA INCREIBLE, cuadro de Schroeder

El galán de este cuadro tiene todas las condiciones de un embustero clásico, pero la niña no se deja prender en el anzuelo, por lo visto. El contraste que forman el mentiroso y la incrédula se ha prestado á que el artista pintara un cuadro sorprendente de verdad. El fondo del carácter de cada personaje trasciende perfectamente á su semblante, y contemplando al mancebo y á la doncella se echa de ver, á fuerza de ingenio artístico, que aquél pierde el tiempo lastimosamente.

EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brand

El cosaco y el kalmuko son jinetes de nacimiento. La fábula de los centauros se debió sin duda á algún cosaco prehistórico. El caballo de esos hombres es para ellos algo más que un medio de locomoción, es un compañero y casi su morada habitual, pues las más de las veces conduce todo su ajuar. Montados en su cabalgadura y cruzando la estepa de horizontes sin límites, el cosaco y el kalmuko se ríen de los potentados que tienen el mal gusto de vivir en ciudades, dentro de las cuales se ahogarían aquellos, cual si se les colocara debajo de la campana pneumática. El caballo y la estepa son las únicas necesidades de esos hombres que continúan viviendo como vivían aquellos de sus antepasados que presenciaron la irrupción de Atila y sus bárbaros. A pesar de lo cual, ó quizás mejor por esto mismo, gustan de narraciones rudimentariamente poéticas, relatos de tradiciones fantásticas ó á su manera gloriosas, que son la única distracción de sus monótonas é interminables caminatas.

Brand, que conoce esos pueblos, nos pinta á dos de sus hijos en ocasión precisamente de referir uno á otro alguno de sus cuentos favoritos; escena llena de verdad y de color local como las producen tan sólo los que pintan costumbres después de haberlas estudiado á conciencia.

SUPLEMENTO ARTISTICO

MAHOMA.—LA PLEGARIA ANTES DE LA BATALLA, cuadro de Domingo Morelli

Morelli es uno de los príncipes del arte italiano contemporáneo. Pocos le igualan en el dominio de la luz y del espacio; ninguno le aventaja en su manera especial de aplicar el color con una valentía que recuerda la seguridad de Velázquez. Otro pintor menos seguro de sí mismo detallaría la composición de una manera trivial. Morelli pinta la masa, y de ese cúmulo de color, al parecer prodigado sobre el lienzo como si en él quisieran imprimirse simplemente grandes manchas, surge un ejército poseído de un fervor realmente fanático.

Esta clase de triunfos, obtenidos por tan poco comunes medios, no los pueden conseguir sino los grandes maestros como Morelli.

REUNIONES DE CONFIANZA

Siempre la clase media empeñada... es decir aferrada en ser aristocracia, sin dinero, sin influencias, sin gusto, sin posición y sin nada para ello.

Pero no importa; el Duque de Tal reune los sábados; pues bien: es preciso, es necesario que los señores de Pérez se queden en casa los lunes, cueste lo que cueste. Cierto que no dan *lunchs*, ni te, ni siquiera las gracias á los que van á divertirlos; lo único que suelen dar á última hora es chocolate.

Cierto también que los señores de Pérez no permiten que en su casa jueguen los contertulios al monte, á la ruleta, ni al bacarrat, apuntando cada vez más de un perro chico; pero el caso es que los señores de Pérez se quedan en casa los lunes, que se juega á algo y que se toma chocolate.

Cuando se trató del asunto, el señor de Pérez accedió á los deseos de su esposa y de su hija, con las siguientes palabras:

– Bien: los lunes nos quedaremos con la familia y con los amigos de confianza; pero nada más que con esos; ya veis; yo pienso recibir á todo el mundo en este traje, con bata y zapatillas. Además... la casa no es muy grande; las sillas... no son muchas, y sobre todo, ya sabéis que á las once en punto se cierra la puerta de la calle y se apagan las luces de la escalera. Con todas estas cosas en contra no es posible recibir á gente de cumplido.

Y he aquí porqué las reuniones de los señores de Pérez... ó de Sánchez... ó de López... ó de González, no se participan á los amigos por medio de tarjetas de invitación, ni de B. L. M., sino por conducto de la misma familia, verbalmente y sin pretensiones de ningún género, al parecer.

– ¡Don Nicasio! ¡tanto tiempo sin vernos! nosotros que tenemos tanto gusto... ¿por qué no va V. á casa el lunes?

– ¿El lunes?... ¿ha de ser el lunes precisamente? Ya pensaba yo en otro día cualquiera....

– No, – dice la niña, – es que los lunes pensamos jugar.

– Pero, hija mía, si yo no juego hace ya mucho tiempo.

– No importa; mire V.; van Fulano y Mengano y las hijas de Zutano... y mi novio.

– ¡Ay! entonces comprendo que quiera V. jugar; irán ustedes de compañeros.

– ¡Ya lo creo! Nada, nada: es preciso que vaya V. y que lleve, por supuesto, á doña Robustiana y á Pilarcita.

– ¡Y que lleve V. mucho dinero!—dice la mamá.

– Señora... no sé si podrá ser mucho; pero yo siempre acostumbro á llevar alguno, incluso los lunes.

– Queremos decir que lleve V. muchos perros chicos.

– Bien; eso ya es más fácil. Iré, iremos; adiós, señoras; hasta el lunes.

Este es el modelo de esa clase de invitaciones, y todas son lo mismo, excepto alguna que otra frase, como la de...

– Adiós, Juan, no deje V. de ir... y vaya V. dispuesto á perder todo lo que lleve.

Al oir esto el invitado no contesta: sonríe y piensa:

– Pues señor, si he de perder todo lo que lleve me dejaré en casa la vergüenza, y le diré á Tomasito que haga lo mismo.

Tomasito es el novio de la niña.

Desde algunos días antes del lunes, mientras las dos señoras de la casa recorren las de algunos parientes para darles parte de su determinación, el señor de Pérez falta á la oficina y se ocupa en alterar el orden de los cuadros del comedor (por ser la mesa de aquella habitación la más *ad hoc* para el juego), en colgar por las paredes todos los chismes inútiles que encuentra por la casa, en cambiar por una de gasógeno la antigua luz de petróleo del recibimiento y en tratar con el portero de que los faroles de la escalera permanezcan encendidos hasta la una de la noche, pagando el señor de Pérez el exceso de aceite mineral.

En cuanto á la puerta de la calle, es imposible que deje de cerrarse á las once en punto, porque así lo ha dispuesto el casero y porque los pobres porteros tendrían que estar sin acostarse hasta que saliera el último contertulio; pero todo tiene arreglo; la criada del señor de Pérez bajará á abrir la puerta á cada uno de ellos, y lo más que puede suceder es que como el piso es tercero, la criada exija un sobresueldo cada lunes para poder ir á los baños de Panticosa.

El sábado por la tarde, el señor de Pérez recorre todos los bazares y tiendas de juguetes de Madrid y vuelve á su casa contentísimo, después de haber gastado once duros en barajas, fichas y juegos de sociedad.

Llega á casa, se desenvuelve el paquete y... ¡oh felicidad!... El Asalto, El Ajedrez, La Lotería, La Aduana, La Perejila, El Enano, Las carreras de caballos... etc...

Inútil es decir que el hijo del señor de Pérez no ha olvidado participar el acontecimiento á su novia y futura suegra, invitándolas en nombre de la madre; el padre no sabe nada de esto ó por lo menos hace la vista gorda.

Llega por fin el lunes y empiezan desde muy temprano los preparativos imprescindibles para que todo salga á pedir de boca. La señora llama á la criada y le dice:

– Fulana, ya sabe V. que esta noche viene gente y hay que comer más temprano; además quítese V. ese delantal y póngase el blanco; no vaya V. á salir á abrir la puerta con esos pelos; y cuando los que vayan entrando sean señoras, les ayuda V. á quitarse los abrigos y las toquillas y va V. colgando todas las prendas en unas perchas que pondrá, ahí, ahora el señorito. ¡Ah! traiga V. dos libras de chocolate de á cinco reales y dos cuartillos de leche. ¿Hay bastante pan?

– Sí señora. Tres panecillos de ayer y los que se tomen hoy.

– Bueno: pues hoy tome V. los de todos los días, porque con esos tres de ayer se harán picatostes. El lunes que viene haremos migas; al otro tostadas con manteca y al otro buñuelos.

– Está bien, señora.

En este momento se oyen unos golpazos horribles; es que el señor de Pérez ha quitado de las alcobas todas las perchas y las está clavando en el recibimiento. Entre tanto la niña ha pensado que á la tarde se friegue el tramo de la escalera, correspondiente á su piso, y el descansillo, colocando en este todos los tiestos que adornan á diario los balcones; también había pensado la niña colgar por la escalera unos cuantos farolitos á la veneciana, pero el señor de Pérez ha decidido que eso *no viste* más que en Venecia y en las horchaterías. A las diez se barre la casa, se limpia el polvo y se friegan las puertas con agua caliente, jabón y un estropajo para que se quite la porquería y de paso la pintura.

A las doce en punto, se almuerza, de prisa y corriendo; y á la una empieza la *toilette* de las señoras, en cuyo ejercicio emplean doble tiempo que de costumbre; madre é hija han decidido estar los lunes más limpias y más arregladas que los demás días; el señor de Pérez dice que esta es la única ventaja que encuentra á las reuniones de confianza.

Llega la hora de comer; esta operación se practica aún con mucha más premura que la del almuerzo, para dar lugar, antes de que llegue nadie, á barrer de nuevo el comedor y á poner una ó dos tablas más en la mesa. Con esta inesperada reforma, el tapete que se usa á diario resulta insuficiente y hay que echar mano del mantón de ocho puntas de la señora de Pérez (el mantón, no las puntas). Claro es que antes se ha pensado en el mantón de la criada, pero inútilmente, porque según los prestamistas sobre alhajas y ropas dicha prenda no está de recibo.

– Fulano,—dice la señora de Pérez,—te has olvidado de comprar unos ceniceros y me van á quemar el mantón con los cigarros.

– Es verdad; pero no tengas cuidado; yo lo advertiré...

– No: se ponen los platillos pequeños del café,—dice la niña.

– Eso es lo mejor. Límpiales el polvo y tráelos.

El hijo del señor de Pérez acaba de encender en este momento el quinqué de su despacho *(en ciernes)* y de arreglar, en lo posible, las cartas, libros, retratos, tatarretes y otras mil cosas propias é impropias de aquella habitación, que llenan de ordinario la mesa de chapeado pino.

¡Tilín...! ¡Tilín...! (esto quiere decir que suena la campanilla). Cuando la criada pone la mano sobre el picaporte, ya están en el recibimiento el señor de Pérez, su esposa y sus dos hijos, dispuestos todos á recibir al primer concurrente. Se abre la puerta y...

– ¡Por fin!

– ¿Lo ven ustedes?

– ¡Cuánto me alegro!

– Déme V. la toquilla.

– Deje V. ahí el gabán.

– Yo se lo quitaré á usted.

– Gracias.

– Ea: pasen Vds. por aquí.

Y pasan todos al comedor. Es la familia de don Nicasio.

Al poco rato, vuelve á hacerse la misma operación con la familia de la novia del hijo, después de decir *dispensen Vds.* á los señores que se quedan solos en el comedor. La misma alegría; la misma finura de antes; pero el hijo del señor de Pérez toma en este recibimiento una parte mucho más activa que en el anterior, no sin haber aprovechado la tardanza de su novia en divertir á la hija de don Nicasio. La faena de salir á recibir á cuantos entran, se repite por cinco ó seis veces, hasta que dan las diez, hora en que ya hay bastante gente para empezar á jugar; y entonces la señora de Pérez dice:

– Con que, señores, ¿á qué quieren Vds. que juguemos?

– A lo que Vds. quieran,—responden casi todos.

– Al monte; yo tallo una peseta,—responde un pollo amigo de un primo del hermano de un amigo del novio de la hija del señor de Pérez *de confianza*.

– No, el monte es muy tirado, – exclaman las señoras y un joven calvo que desde que entró permanece sentado á corta distancia de los demás y con las manos metidas en los bolsillos del chaleco.

– Yo,—añade dicho joven,—les veré á Vds. jugar.

– ¿Cómo se entiende?

– ¿Por qué?

– ¿No le gusta á V. jugar?

– No es eso: es que... no me divierto... porque... sea á lo que sea... y como sea... y donde sea... siempre que juego... gano: tengo una suerte disparatada: y la verdad... eso de llevarme el dinero de los demás... francamente no me gusta.

– Hombre; yo comprendería que no les gustase á los demás, pero á usted...

– ¡Justo!

– ¡Naturalmente!

– ¡Tiene muchísima gracia el señor de Pérez!

– Vamos: juegue usted.

– No: de verdad, no me divierto.

– Pues haga V. lo que guste.

– Chico, si es que no tienes dinero, yo te prestaré, – le dice en secreto el hijo del señor de Pérez.

– Bueno, jugaré porque no digan ustedes...

– Con que ea, ¿quieren Vds. que juguemos al Enano?

– ¡Bueno: al Enano!

– ¿Y qué juego es ese?

– Yo no he jugado nunca á eso.

– Pues es muy fácil: voy á explicárselo á Vds. en dos palabras.

Y el señor de Pérez, interrumpido de cuando en cuando por su esposa y por sus hijos, empieza á explicar á los concurrentes el reglamento de dicho juego, después de advertir á todas aquellas personas regulares *que no valen trampas*. Pero resulta que nadie acaba de entender la teoría y hay que pasar al terreno de la práctica. Se cuentan las fichas, se deposita el dinero y se empieza á jugar. A las

MAHOMA.—LA PLEGARIA ANTES DE LA BATALLA, CUADRO DE DOMINGO MORELLI

doce de la noche que es cuando ya lo van entendiendo casi todos, la señora de Pérez se levanta, y después del consabido *Dispensen Vds.* sale del comedor con dirección á la cocina. Pero una prima de su esposo, práctica ya en esta clase de *mutis* de confianza, sale también del comedor y la dice en secreto:

—Pero, hija, ¿por qué no dejas que lo haga la criada? Mira que para hacer un chocolate!...

—No me fío; Manuela lo hace siempre divinamente; pero son tan animales, que de seguro, esta noche, por lo mismo que quiero que salga mejor, se le pegaría ó se le cortaría la leche.

—Bueno; pues entonces lo haremos entre las dos.

Y pasan ambas á la cocina: allí, de bruces sobre el fregadero, está la criada, dormida como un tronco; la despiertan á fuerza de empellones y después de una reprimenda... *filosófico-moral*, resulta que el chocolate está aún sin partir y la lumbre se ha apagado por completo. ¡Qué desesperación! ¡Qué compromiso tan horrible!

—¿Enciendo lumbre?

—No: lo haremos con espíritu de vino. Traiga usted las dos maquinillas.

—Pero ¿y los picatostes?

—Ya no hay tiempo.

—Es lo mismo; lo tomaremos con pan al natural,—dice la prima.

—Pero, señorita, ¿no se acuerda V. de que el pan que hay es duro?

—Claro, como que era para picatostes; pues á esta hora... baje V... baje usted ahora mismo al café y que le vendan cinco panecillos franceses.

Mientras la criada cumple esta orden, con el mayor sigilo posible, las dos señoras cortan el chocolate, miden la leche y empieza la cocción: – ¡qué cosa tan útil es el espíritu de vino en las casas! en un momento se hace cualquier cosa.

Como por lo regular en ninguna casa hay más de un molinillo, este, de la del señor de Pérez, alterna entrando y saliendo sucesivamente en cada una de las dos chocolateras. Por fin se hace el chocolate; y después de cortar el pan en tiritas ó rebanadas transparentes, se procede á llenar las jícaras.

Entre tanto los jugadores han procedido también á la liquidación de cuentas; se cambian por dinero las fichas que cada uno conserva y resulta que todos *han salido* en paz, menos el novio de la niña de la casa que ha perdido once reales.

—Pero ¿cómo es posible? Alguien tiene que ganar.

—No: mire V., yo saqué esta peseta.

—Pues yo no puedo equivocarme; porque no traia más dinero suelto, que estos dos reales.

Nada; no resulta la cuenta.

—Eso es indudablemente, – dice la niña en voz baja, —que como has estado tan distraído hablando conmigo, te los habrá cogido alguien en broma.

—¡Pues vaya una broma!

Al terminar de sortear luego, entre todos, el perro chico que ha sobrado de la liquidación, y al caer en la primera taza, en la cocina, las primeras gotas de chocolate, se advierte que no caen tales gotas sino grumos indisolubles, flotando sobre un aguachirle incalificable. ¡Horror! ¡El chocolate se ha cortado, á pesar de no haberlo hecho el animal de la criada! ¡Y ya no hay tiempo ni leche para remediarlo! ¡Es preciso confesar á todo el mundo la catástrofe!

Cuando la señora de Pérez participa en el comedor el suceso, todos se ponen de pie como autómatas, lanzando quejas tan disfrazadas como las siguientes:

—¡Señora, no se apure usted!

—¡Eso le pasa á cualquiera!

—¡Es igual; lo tomaremos en el café de abajo!

—Yo ruego á Vds. que me dispensen; pero el lunes que viene lo tomarán Vds. con migas.

—¡Vaya si tiene migas el chasco! – dice para sí el solterón de la calva.

AMOR FRATERNAL, cuadro de Blume Sirden

—Con que adiós, señores.

—Pero ¿se van ustedes?

—Sí: ya es casi la una y queremos alcanzar el último tranvía.

—En ese caso... Fulana, coja V. la llave y baje V. á abrir.

Tras una mirada furibunda del señor de Pérez á su esposa y tras mil nuevas excusas de esta, bajan todos los contertulios la escalera diciéndose unos á otros en voz baja: «¡Cómo nos hemos divertido!» «¡qué rico chocolate!» Se abre la puerta de la calle y aparece á la vista de todos un espectáculo aterrador. ¡Está diluviando! ¡Ni un tranvía, ni un coche, ni dinero para él! Nadie ha traído paraguas y cada uno emprende la fuga por su camino, remangándose respectivamente las faldas y los pantalones.

En medio de aquella dispersión sólo se oye una frase de despedida... *¡Hasta el lunes que viene!*

MARIANO DE LARRA Y OSSORIO

LOS INVISIBLES

arreglo de Hoffmann

POR DON CECILIO NAVARRO

I

A mediados del siglo XVII estaba profundamente inquieto y alarmado el espíritu público en París, á consecuencia de los misteriosos crímenes que se cometían diariamente.

Un boticario alemán, llamado Glazer, el mejor químico de su tiempo, sólo buscaba la piedra filosofal; pero hubo de asociarse á sus investigaciones el italiano Exili, y para éste el arte de hacer el oro no era más que un pretexto; su idea era aprender el procedimiento, la composición de las materias venenosas de que el alemán se servía, y tanto se aplicó á este estudio que llegó á preparar un veneno sutilísimo, inodoro, insípido, al parecer, pero que mataba sin dejar huellas sospechosas. A pesar de sus precauciones, vino á hacerse sospechoso el envenenador y fué encerrado en la Bastilla; mas como esta famosa prisión estaba siempre llena de inquilinos, tuvieron que estar juntos en un mismo calabozo Exili y el capitán Sainte Croix.

Este oficial había tenido relaciones escandalosas con la marquesa de Brinvilliers concitando el enojo y persecución de la familia ofendida. Apasionado sin carácter, hipócrita, vicioso desde su niñez, vengativo hasta la ferocidad, el capitán consideró como una dicha la casualidad que lo ponía en ocasión de conocer á Exili, cuyos diabólicos secretos le proporcionaban poderosos medios para aniquilar á sus enemigos. Con esta mala intención se hizo discípulo del envenenador italiano y muy luego se halló en aptitud de trabajar por su cuenta.

La marquesa de Brinvilliers era una mujer perversa, pero Sainte Croix hizo de ella un monstruo. Por sugestiones de él, envenenó á su propio padre; luego á sus dos hermanos, después á su hermana. Mató á su anciano padre por espíritu de venganza, á sus hermanos por codicia, por recoger toda la herencia paterna.

La historia de muchos envenenamientos viene á probar con asombro de la conciencia, que los crímenes de este género llegan á ser una necesidad apasionada é irresistible. Los envenenadores han hecho perecer, á veces, á personas cuya vida ó muerte les era indiferente, cometiendo estos crímenes sin ningún fin ulterior, por el solo atractivo que lleva al químico á hacer experimentos para su propia satisfacción. La repentina muerte de muchos pobres del *Hotel Dieu* hizo presumir que los panes que la marquesa distribuía todas las semanas para merecer bien en el concepto público, estaban envenenados. Lo cierto es que envenenaba los pasteles que servía á sus comensales, siendo víctimas de sus diabólicos obsequios Mr. de Gay y otros muchos amigos suyos.

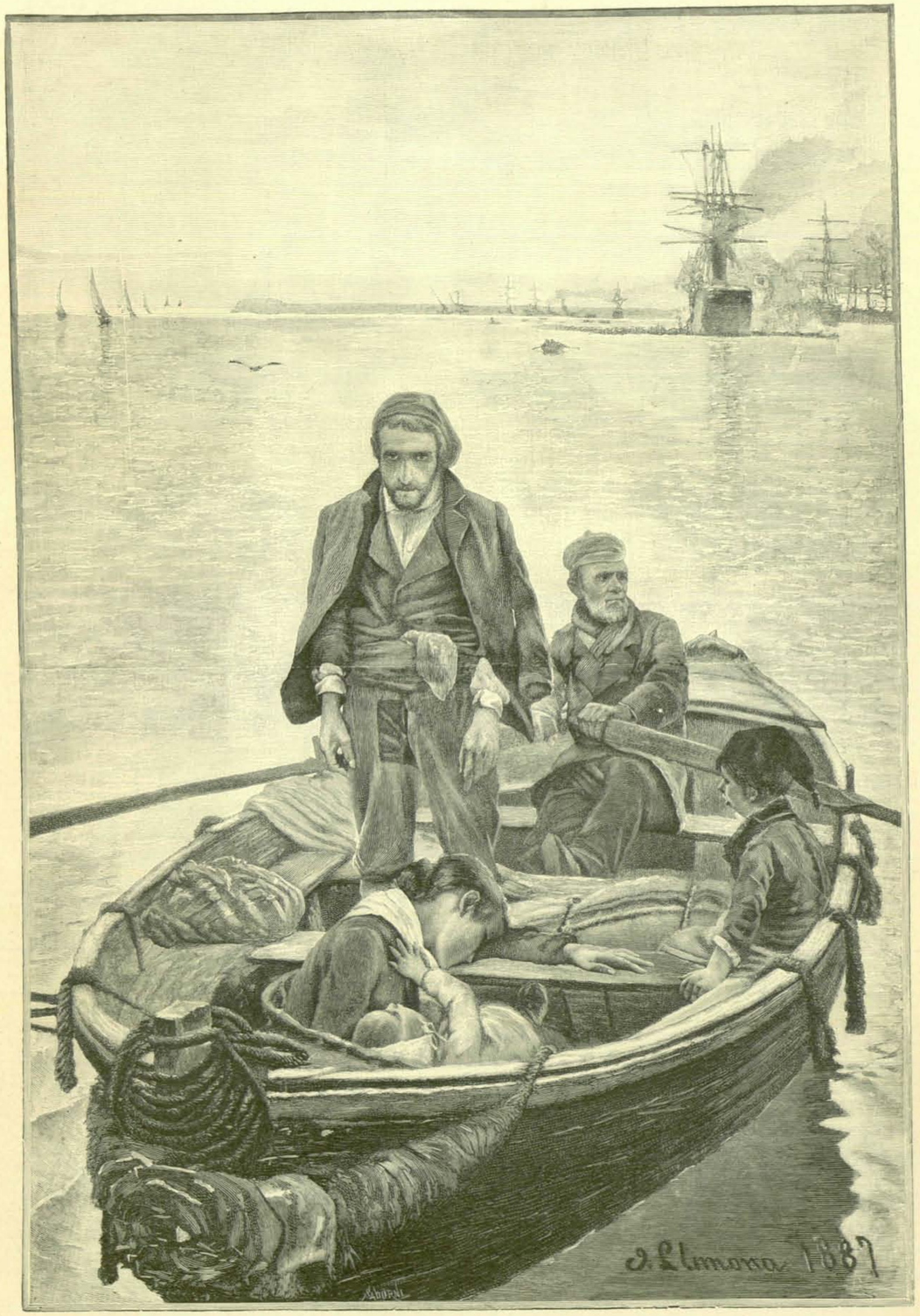
Sainte Croix, su cómplice Chaussée y la marquesa pudieron ocultar, durante mucho tiempo, sus crímenes bajo un velo impenetrable. Pero ¿qué astucia humana podrá burlar á la justicia divina, cuando ésta resuelva castigar yá los culpables? Los venenos que preparaba Sainte Croix eran tan sutiles y eficaces, que bastaba respirarlos una sola vez para morir instantáneamente; y por eso se cubría el famoso envenenador la cara con una máscara de cristal, siempre que hacía algún procedimiento. Pero una vez se le cayó la máscara sobre sus polvos y aspirándolos á su pesar, cayó muerto en el acto.

Con esto intervino la justicia y encontró en un cofre muy bien cerrado todo lo necesario para el descubrimiento de la verdad.

Los parisienses respiraron al saber el fin de este monstruo que dirigía sus armas homicidas contra amigos y enemigos. Pero muy luego se supo con espanto que los horribles secretos del maldito Sainte Croix sobrevivían á su infernal inventor. La muerte se deslizaba como un fantasma invisible en los círculos más íntimos, bajo la máscara de la amistad, del parentesco, del amor y cogía con mano segura y rápida á sus desgraciadas víctimas.

Una persona que gozaba hoy de la salud más floreciente se sentía morir mañana sin que la ciencia de ningún médico pudiera dar con el remedio. La riqueza, un empleo importante, la belleza, la juventud, la felicidad, cualquiera de estas causas bastaba para atraer esta sentencia de muerte. La más profunda desconfianza rompía los lazos más sagrados: el esposo temblaba ante su esposa, el padre ante su hijo, la hermana ante su hermano. En las

LOS VASALLOS DEL DUQUE DE SABOYA ENTREGANDO SUS TESOROS PARA LIBRARSE DE LA DOMINACIÓN FRANCESA
cuadro del profesor C. Mariani



LOS EMIGRANTES, cuadro de Llimona

comidas que alguien daba á sus amigos, el vino y los manjares quedaban intactos; y en las mismas reuniones, en otro tiempo alegres y gozosas, las inquietas miradas no buscaban ya más que la máscara del asesino. Temiendo á la traición en su propia casa los padres de familia, se iban con ansiedad buscando en lugares apartados el perdido reposo y ellos mismos se preparaban los alimentos. Pero á veces eran inútiles todas las precauciones.

Vivía en el arrabal de San German una vieja, llamada la *Voisin*, cuya profesión era decir la buenaventura y conjurar los espíritus. Pero sus malas artes no se limitaban á esto solo. Discípula de Exili y de Sainte Croix, preparaba como ellos un veneno sutilísimo, que no dejaba huellas del crimen, y de esta manera proporcionaba á hijos y sobrinos desnaturalizados el medio de entrar más pronto en posesión de su herencia, como á las esposas jóvenes el de despachar á sus maridos viejos para entrar en segundas nupcias con jóvenes de su gusto.

La maldita vieja cayó al fin en manos de la justicia, la cual encontró en su casa una larga lista de todos sus clientes. Muchos de estos fueron ejecutados, y no pocos tuvieron que agotar sus recursos en oro é influencias para alejar las vehementes sospechas que los acusaban. Así pues se dijo que el cardenal Bonzy había encontrado en casa de la vieja una eficaz receta para descartarse de todos los derecho habientes, á los que había de pagar ciertas pensiones como arzobispo de Narbona. La duquesa de Bouillón, la condesa de Soissóns y otras se hallaron inscritas en la lista, aunque sin expresión de receta. Y hasta el mismo Enrique de Montmorency sufrió persecución por la justicia y estuvo mucho tiempo preso en la Bastilla por sus relaciones con la diabólica vieja, que también lo tenía en lista.

Como si esto no bastara para mantener en perpetua consternación á un pueblo, una cuadrilla de ladrones invisibles parecía haber tomado á empeño apoderarse de todas las joyas y alhajas portátiles. Apenas comprada una de éstas, cuando desaparecía de una manera incomprensible, por más precauciones que se tomaran para impedirlo. Lo peor era que la persona que se atrevía á llevar de noche joyas, era infaliblemente despojado ó asesinado en las calles ó en las oscuras avenidas de las casas. Los que por fortuna se habían librado de este peligro referían que sin saber cómo les había caído un violento puñetazo en la cabeza como un rayo de siniestra nube, y que al volver de su aturdimiento, se habían visto despojados de sus joyas y trasportados á un sitio diferente de aquel en que cayeron. Los cadáveres que se encontraban casi todas las mañanas en las calles ó en el interior de las casas, tenían todos una herida idéntica, una puñalada en el corazón, tan firme y bien dirigida, que según opinión de los médicos, el herido debía caer sin proferir una palabra.

En la voluptuosa corte de Luis XIV ¿quién no estaba empeñado en amoríos? ¿Quién no se deslizaba á casa de su amada á llevarle un rico presente? Hubiérase dicho que los misteriosos ladrones habían hecho pacto con los espíritus invisibles, según sabían todo lo que había de pasar.

En tal consternación y de acuerdo con sus más severos criminalistas, que se habían desvelado buscando el medio de atajar el mal, instituyó el rey un tribunal de justicia, con fuero especial, encargado exclusivamente de perseguir y castigar los crímenes misteriosos. Este tribunal de sangre, ó mejor dicho, de fuego, pues se llamaba *Cámara ardiente*, residía no léjos de la Bastilla y estaba presidido por el rígido La Reynie. Pero todos los esfuerzos de este celoso magistrado fueron infructuosos durante mucho tiempo Los envenenadores fueron cediendo al fin; pero los Invisibles se burlaban del tribunal y de todos sus rigores.

II

En la cámara de Mad. de Maintenón, donde acostumbraba el rey pasar algunas horas después de comer, trabajando á veces con sus ministros hasta muy tarde, se le presentó una noche un memorial poético en que los amantes en peligro se lamentaban de no poder seguir las leyes de la galantería sin exponerse á perder la vida.

Por grave que fuera el asunto, no dejaba de tener la poesía ciertos rasgos ingeniosos y humorísticos Pero acababa con un pomposo elogio del gran Luis XIV, y esto sobre todo bastó para que el rey lo leyera con fruición. Terminada su lectura, se volvió hacia Mad. de Maintenón, sin apartar la vista del papel, y leyendo los versos en alta voz, le preguntó sonriendo, qué le parecía la petición de los amantes.

Fiel á sus austeras apariencias y conservando siempre cierto matiz de mojigatería, contestó la Maintenón que las citas amorosas, secretas, estaban prohibidas por la moral, y por lo mismo no merecían la alta protección del rey; pero que los crímenes horribles que se cometían diariamente demandaban pronto y ejemplar castigo.

Poco satisfecho de la contestación, dobló el rey el papel y se disponía á salir de la cámara, cuando descubrió á la vieja poetisa Scuderi, sentada en una butaca junto á la Maintenón. Dirigióse entonces á ella y desplegando otra vez el papel, le dijo con dulzura:

– La marquesa no quiere oir hablar de amantes ni de sus amoríos; pero vos, que no sois tan severa, ¿qué pensáis de este poema?

La Scuderi se levantó respetuosamente de su asiento é inclinándose con la vista baja ante el rey, contestó:

Amante que teme á los ladrones
no es digno del amor

Admirado el rey del carácter caballeresco de tan pocas palabras que echaban por tierra la larga tirada de versos que acababa de leer,

– ¡Por San Dionisio! – exclamó. – Tenéis razón. La cobardía no debe ser protegida por medidas ciegas que confunden al inocente con el criminal. Que La Reynie cumpla con su deber.

El día siguiente el ama de gobierno de la Scuderi le presentaba con mil precauciones una cajita, que un desconocido de aspecto siniestro había llevado con la pretensión de ponerla él mismo en manos de la señora.

– Que hubiera entrado,—dijo tranquilamente la vieja poetisa.

– No se lo he permitido yo. ¿Y si hubiera sido un invisible?

– Bien lo has visto tú.

– Quiero decir un ladrón.

– ¡Bah! Esos malvados que tan bien conocen los secretos de las casas, saben perfectamente que yo no soy rica.

– ¿Y si hubiera sido un asesino?

– ¿Qué importa la vida ni la muerte de una pobre mujer de setenta y tres años, que no persigue más criminales que los que ella misma crea en sus novelas, que escribe versos que no pueden excitar la envidia y que no dejará más herencia que la ropa de su uso y un centenar de libros viejos?

La Scuderi tomó la caja resuelta á abrirla mientras la otra retrocedía con espanto suplicándole que no se arriesgara á abrirla sin muchas precauciones; y aun cayó de rodillas y ahogó un grito, cuando su señora, tocando un resorte, se abrió de suyo la caja.

Pero, ¿cuál no fué la sorpresa de las dos, cuando en vez de una máquina infernal brillaron á sus ojos dos brazaletes cuajados de pedrería y un collar no menos espléndido?

– ¿Qué significa esto?—exclamó con asombro la Scuderi.

Pero al mismo tiempo vió en el fondo de la caja un billete, que tomó con la esperanza de encontrar en él la explicación de aquel misterio; sino que apenas lo leyó, se le cayó de las trémulas manos.

—¡Oh!—exclamó con voz sofocada por las lágrimas, – ¡qué ultraje! ¡qué humillación! ¿Debía yo sufrir tal ofensa en mi vejez? ¡Oh Dios! ¿cómo pueden interpretarse de una manera tan cruel unas palabras dichas en son de chanza? ¿Es justo que el crimen me atraiga á una diabólica asociación á mí que he sido siempre fiel á la virtud y á la piedad?

La buena señora se llevó el pañuelo á los ojos, mientras su fiel criada no sabía cómo consolarla.

Esta recogió el billete en el cual se leía:

Amante que teme á los ladrones
no es digno del amor

«Muy honorable señora:

»Vuestro sutil ingenio nos ha salvado de una cruel persecución á nosotros que ejercemos sobre la debilidad y la cobardía el derecho del más fuerte, que nos apoderamos de los tesoros que de otro modo serían disipados indignamente. Dignaos pues recibir ese aderezo como una prueba de nuestra gratitud: es de lo más precioso que ha caído en nuestras manos hace mucho tiempo. Pero todavía merecéis más y nosotros pagaremos nuestra deuda. Entre tanto, os rogamos no nos retiréis vuestra amistad continuando vuestros buenos oficios en favor de los

INVISIBLES»

—¿Es posible,—exclamó la vieja Scuderi,—luego que se serenó un tanto, es posible que se lleve tan lejos la impudencia y la irrisión?

El sol brillaba al través de las cortinas de seda roja que adornaban la ventana, y los diamantes, puestos sobre la mesa, al lado de la cajita abierta, despedían el más vivo esplendor.

La vieja escritora se cubrió los ojos con horror y ordenó á su fiel sirvienta que apartara de su vista aquellas joyas teñidas aún con la sangre de las víctimas.

Brígida, como se llamaba el ama de llaves, encerró las joyas en la caja, opinando que sería prudente llevarlas al teniente de policía, al cual debía referirse con todos sus detalles la aparición del siniestro desconocido.

La escritora se levantó en silencio y se puso á pasear á lo largo de la estancia pensando qué debía hacer. Después ordenó á su criado traerle una litera, y á Brígida que la vistiera para ir á ver á Mad. de Maintenón.

Muy luego tomó la misteriosa cajita de las joyas y se hizo conducir á palacio, esperando encontrar sola á la marquesa en sus habitaciones.

Mad. de Maintenón se sorprendió en extremo viendo llegar con paso mal seguro y descompuesto el semblante á la Scuderi, que á pesar de sus años, había conservado mucha dignidad y gracia.

—¡Por Dios! ¿qué os ha sucedido?—dijo la marquesa á la desconcertada vieja, que pudiendo apenas sostenerse, se dejó caer en una butaca.

Cuando tuvo alientos para hablar, le refirió la pobre la dolorosa injuria que había recibido.

—No toméis tan á pechos,—contestó la marquesa luego que se enteró del asunto, – no toméis tan á pechos esa aventura, propia de esa cuadrilla de miserables, cuya maldad no puede llegar nunca á la altura de vuestro honor, de vuestra virtud y piedad. Pero veamos los diamantes.

La Scuderi se los entregó y la Maintenón no pudo menos de admirar joyas tan preciosas.

Después de haberlos examinado bien, dijo á su amiga:

—Sólo Renato Cardillac es capaz de haber hecho tan rico y admirable trabajo.

En efecto, Renato Cardillac era á la sazón el más hábil joyero de París y uno de los hombres más diestros y singulares de su tiempo.

(Continuará)

PICO DE ORO

(Conclusión)

No era así su sobrina, la señorita de Nogales. Expresión perfecta del figurín más acabado, paraba la vista por lo alineado y correcto de su figura. Era de talle fino y flexible, alta, de corte elegante, bonita apariencia, y de constitución blanda y muelle que la envolvía en una especie de atmósfera de irresistible languidez. Su rostro era de un matiz blanco mate, cutis sedoso, y de un óvalo en que la luz se reflejaba con tonos azulados. Tenía ojos garzos con irradiaciones de oro que daban en ocasiones un fulgor extraño á sus miradas, por lo común extinguidas entre una vaga bruma de rayos indecisos y sin alcance. Los otros rasgos que componían su ser llevaban igualmente el sello de belleza rara, de misteriosa armonía, peculiar é inherente á su naturaleza. Había en toda ella una especie de interior reflejo ofuscado por una nube de oposición comprimida al través de cuyos resquicios aparecían, como por las rendijas de un horno, las llamaradas en que se consumía aquel espíritu encarcelado mediante fuerzas superiores. Bajo una apariencia fría hervía un fondo de calor, cuyos rescoldos apenas eran cubiertos por las cenizas del disimulo. Resultado de una educación mal dirigida, compuesta de sagaces artimañas, ó consecuencia natural de un cuerpo, donde las corrientes fisiológicas obraban en virtud de leyes anómalas, de principios contradictorios, la base que formaba el carácter de la señorita de Nogales no podía ser más falsa, más escurridiza, y por consiguiente más inapta para el análisis, aplicado pasajeramente sobre la superficie de aquella existencia incomprensible. Aquella mujer era la simbólica esfinge de la felicidad humana; misterios y profundidades y sombras, por dentro; luz, alegría, dulzura por fuera. Monstruo con cabeza de ángel y talle de serpiente. Enigmático fantasma, vaporoso y sensible, que á un tiempo mismo huye, al ser abrazado, y deja un puñal en el pecho.

La comida tocaba á su término. El centro de la mesa, que había sido decorado, contra ordinario uso, con un largo jarrón de porcelana azul descolorida, sobre cuyos bordes blancuzcos se asomaba un puñado de flores, vió pasar en torno la precipitada procesión de platos aderezados por doña Rosa. Llegaron los postres, compuestos de frutos secos, de jugosos dulces, y de pastas momificadas. Todos estos productos eran acompañados, á su aparición, de los elogios más pomposos, declamados por la singular anfitrionisa. Era evidente que doña Rosa trataba de engatusar á su huésped, el cual, como un niño, se dejaba acallar por la miel de las golosinas.

Extraña tendencia, funesta inclinación la de ciertos caracteres. Los individuos son como instrumentos de una sola cuerda, de una sola llave, de un solo teclado, donde el punzón que ha de arrancar los sonidos hiere una fibra simpática, cuyo eco responde fielmente á la contextura especial de la caja armoniosa. Podréis hablar al oído de una persona de cosas y de hechos de una importancia capaz de apoderarse de los sentidos; sin embargo, esa persona os oye distraidamente sin prestar atención á vuestro relato; todos los episodios, todos los detalles, todos los matices y tonos que constituyen el núcleo de atractivos, con que revestís vuestra narración, pasan por su oído sin lograr que vibre en el tímpano auscultorio la nota del interés. Así sucede durante largo rato; pero, de pronto, un rayo imprevisto, una palabra inesperada hace estremecer todo el organismo de aquel que nos escucha. Los caracteres se parecen en esto, á los órganos de nuestro cuerpo; la sangre lleva á través de ellos distintas especies de moléculas; pero los órganos sólo se apropian las que les son asimilables, rechazando las que les son refractarias para que las recojan los demás órganos, sus vecinos y compañeros.

Doña Rosa, conocedora profunda del carácter de su compatriota don Isidoro, empezó desde luego tocando en la tecla que había de producirla satisfactorios resultados. Luego que se hubieron levantado los manteles, y que el forastero manifestó su contento dando unas palmaditas en los hombros de doña Rosa, fué conducido aquél al aposento que se le había destinado, el cual, sin duda alguna, era el mejor de la casa. El mueblaje que le adornaba, nuevo en su mayor parte, y en su generalidad elegante y vistoso, contrastaba notablemente con el restante ajuar que ocupaba las otras habitaciones. Un ojo experto ó no cegado por sentimiento alguno de cortesanía y delicadeza, hubiera visto que aquellos adornos y primores habían sido adquiridos exprofeso, con el fin diabólico de deslumbrar la vista del espectador sorprendido, como en una apoteosis teatral. Pero, el andaluz no comprendió nada de esto; y sin aguzar la perspicacia de su ingenio, dejóse seducir agradablemente por los encantos de su nueva vivienda. Las señoras se retiraron á sus habitaciones respectivas después de la instalación oficial, habiéndole dado cordialmente las buenas noches. Cuando se vió solo Isidoro en su cuarto, sintió que se apoderó de él un instinto de curiosidad, al cual cediendo tras algunas

vacilaciones, púsose á registrar todos los objetos y resquicios y escondites que encontró á mano. La mesa del tocador le pareció excelente, la cama soberbia, la sillería magnífica, la cristalería brillante, todo el decorado espléndido y entrecasado con gusto. Iba ya á acostarse, cuando se acordó de que no había observado el aspecto que ofrecería exteriormente la casa. Corrió al balcón, abrió de par en par las puertas, y quedó atónito descubriendo delante el mágico edificio, sueño de sus sueños, augusto templo de la religión de sus ambiciones.

El presunto diputado echóse de bruces sobre la esbelta y afiligranada barandilla de hierro, y en esta actitud permaneció un par de largos cuartos de hora sumido en un mudo y delicioso arrobamiento. La noche era serena; las calles estaban calladas. Esto debió de contribuir sin duda á que aquel padre de la patria, dando expresión sensible á sus hondas cavilaciones exclamara casi á gritos, extendiendo el brazo hacia el monumento de enfrente:

– ¡Señor Congreso! Me ha de oir V., ó he de poder poco. Sí, señor mío; nos hemos de ver las caras.

Y diciendo esto, cerró el balcón, que fué durante algunos instantes tribuna callejera, y el bisoño legislador fuése á su lecho á soñar... ¡á soñar! ¿pues, cómo no?... á soñar con sus futuras proposiciones de ley, peticiones de palabra, y *billes* de indemnidad á las Cortes.

III

Decir que durmió doña Rosa sería faltar á los fueros de la verdad de esta historia. Acurrucada castamente en un ancho y solitario lecho de viuda, mezcló en su imaginación con los rezos tristes de sus deudos difuntos los planes más halagüeños de la vida actual y positiva. Los desvelos picantes de amor que perturbaran sus noches, allá en sus mocedades, fueron reemplazados ahora por las ansias no menos tormentosas con que fustiga la ambición el pecho ya encorvado por los años. Rescoldos no apagados del todo bajo la ceniza de las disilusiones, dieron chispas, y la llama del entusiasmo no tardó mucho en aparecer, alegrando con sus inquietos y vivaces reflejos

UNA HISTORIA INCREIBLE, cuadro de A. Schroeder

las negras cavidades de aquella alma caduca y medio helada. Los fracasos ocurridos en vida de su marido habíanla enclavado en la inacción y el desaliento, paralizando sus fuerzas nativas, como piedra sumergida en el fango por mano poderosa. Pero, un nuevo impulso, deparado por el azar, venía al fin á conmover la masa solidificada de aquellas facultades inertes, produciendo el deshielo y consiguiente desbordamiento de deseos comprimidos, esperanzas frustradas, proyectos abandonados, ambiciones desechadas como de imposible realización.

El esposo de doña Rosa contribuyó sin duda á fomentar las elevadas fantasías de su furibunda cónyuge con la organización especial que dió á sus manejos en pos de la esquiva fortuna. Era aquel buen señor uno de los muchos gerifaltes con que cuenta la burocracia moderna Dotado indisputablemente de gran capacidad, pero, adaptándose al uso corriente entre la mayoría de funcionarios que tienen por norma la de que el mejor modo de servir al país es cohechar en beneficio propio, dirigió desde luego sus miras de medro hacia el caño de donde chorrearan más pingües utilidades para su persona. Con un ojo puesto en el expediente sujeto á resolución, y otro ojo colocado disimuladamente sobre la mano sobornadora que arrojaba en sus bolsillos cucuruchos de ricas doblillas, el empleado público cumplía su misión, consagrada por el Estado, falseando su objeto, mediante un simple rasgo de su pluma agitada por criminales intereses. Don Zeferino Guadaña (que este era el nombre del marido de doña Rosa) no hizo excepción á esta regla establecida según buenos y sapientísimos estatutos oficinescos. Sin embargo, la mala fama había superado en él á los hechos reales. Perjudicóle grandemente cierto aire de pillo que era como la aureola de su semblante. Un mirar repentino y encubierto, una sonrisa que en sus labios trazaba como un relámpago la siniestra perfidia y sobre todo un especial agachamiento de cabeza, de inclinación de cuello, muy semejante á la actitud de una fiera en acecho, hacíale aparecer como un demonio de perversidad, en cuyo pecho se enroscaban todas cuantas serpientes puede crear la astucia.

En virtud de un arte de suprema estrategia supo el insigne oficinista convertir la carpeta de hule de su bufete en agujereada criba. De cada cernada, muchos granos fructificaban á sus piés produciéndole cosecha abundante de espigas doradas, de flores maravillosas, en cuyos cálices las gotas de rocío se resolvían en diamantes. En efecto Guadaña, á semejanza de todos los que siendo pobres en sus años juveniles tocan tardíamente á las puertas de la fortuna, desde la más vergonzosa miseria saltó al boato más abochornador. No había cuadro, ni joya, ni mueble, ni porcelana, ni sillería, ni objeto que perteneciese á la imperial y soberbia talla del lujo, que él no viese, desease, ponderase, y, mediante una estipulación moderada, dejara de llevar á su domicilio. Estaba todo éste atestado de cosas superfluas, y exhausto en cambio de las necesarias. Lo brillante, lo visible, los arabescos, las filigranas, las cortinas de encaje, las poltronas de damasco, las mesitas de frágil madera recamada de gotas de nácar y estrellas argentinas, tenían allí sino su lugar más propio, el más querido. Todas las faltas eran perdonables

EN LA ESTEPA, cuadro de J. Brand

Fig. 1. – Velocipedistas militares franceses (Del natural.)

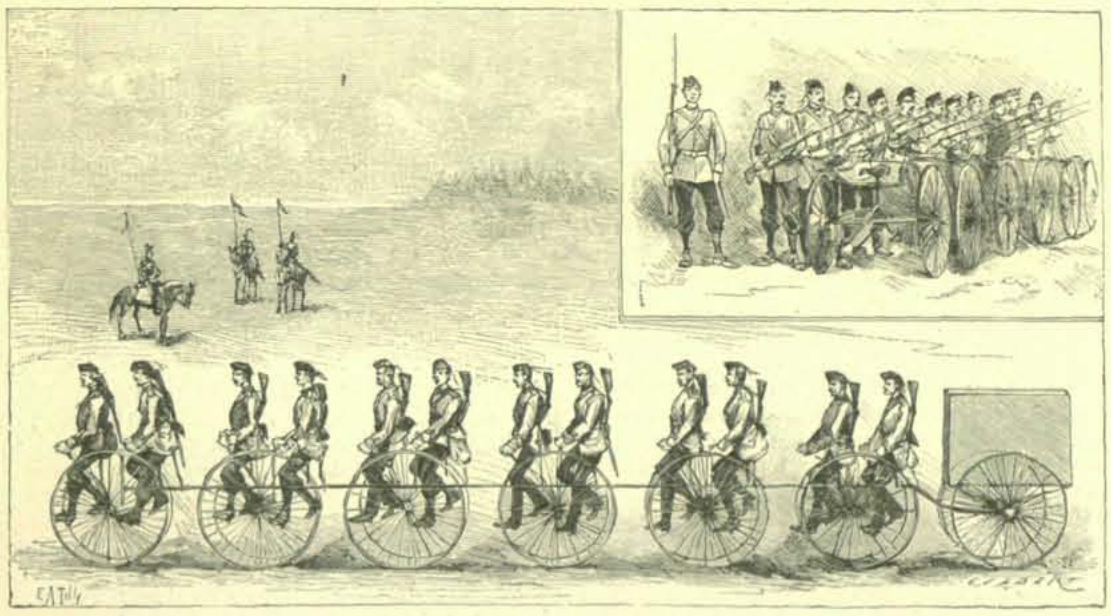


Fig. 2.—Empleo de los velocipedistas en el ejército inglés

por aquel avaro de momias doradas, menos que se mirase sin consideración á sus juguetes de hombre. Un rasguño sobre el barniz de una superficie de caoba originaba un castigo superior al que produjera un bofetón dado sobre una mejilla humana ¡Ah! doña Rosa conoció muchas veces estas pruebas de cariño conyugal.

Esta heroica matrona, mártir sin fe, repasaba en la memoria, aquella noche, la complicada leyenda de su vida de matrimonio. Reprochábase su imprevisión, su indulgencia, su abandono de autoridad femenina, tan poderosa siempre que sabe imponerse con su dulce influjo. Ya era tarde para hacer desfilar las cuentas del rosario de las circunstancias propicias. Las carteras de billetes de bancos de acciones lucrativas habían desaparecido, convirtiéndose en humo, como si la mano de un niño los hubiera arrojado en la chimenea. No quedaba otro recurso á doña Rosa, que enjugar sus lágrimas, amoldar su semblante á la risa y adoptando todas las formas de la complacencia, servir á su hija de tercera y zurcidora de voluntades.

Así lo hizo, en efecto. El abogado provinciano, en solos dos meses de concomitancia, llegó á caer de patas en las redes que hubo de tenderle aquella astuta cortesana. Con engañifas de supuestas relaciones con poderosos influyentes túvole primero embobado, como á pájaro con cimbel. Pero, luego, ya echó mano á ardides más exquisitos; uno de ellos consistió en lo que dirían las gentes que supieran la vida, bajo un mismo techo, de su hija y un hombre extraño. Este fué poderoso argumento, bala de gran calibre, que produjo brecha en la escrupulosa caballerosidad de don Isidoro. Este dió en reavivar en esta cuestión, á la cual no encontró otra solución que aquella que ofrecía más dificultades. Es decir, su matrimonio con la hija de doña Rosa.

Entretanto, las ambiciones del futuro diputado quedaban sin realización. Los ministros le desatendían; los periodistas le bromeaban; los funcionarios, á los cuales fué recomendado, le desesperaban con promesas, escritas todas sobre arena. Aquella elocuencia que le valió la calificación honorífica de *Pico de oro* se perdía aquí en los gabinetes de los ministerios, sin alcanzar ninguna resonancia fuera. El asendereado orador se daba á todos los diablos, los cuales, según opinion general, maldito si le querían para nada. Atribuía, sin embargo, el candoroso prohombre todos sus fracasos, más que á la insuficiencia de sus propios medios, á la envidia de sus compatriotas de allá, de su tierra natal.

Con todo, el tiempo, que es un gran paleógrafo, y que sabe deletrear y poner en claro todos los enigmas, resolvió, aunque tarde, el problema, donde se había enredado el magín de Isidoro. Es el caso que nuestro héroe, á medida que iba perdiendo puñados de esperanzas en el campo de la política, se empeñaba con más ardor en cojer puñados de flores en el opuesto campo del amor. Tanto, tanto se apresuró el desilusionado político á segar placeres privados, que llegó el día en que fué irremediable la toma legal de la finca invadida y cosechada.

Sabina, en realidad, no merecía otro nombre que el de *finca*, de cosa que se vende, que se utiliza por dinero, que se goza en virtud de un contrato. El matrimonio fué, pues, la escritura por la cual Isidoro se unió para siempre con Sabina. Bien pudo el abogado alegar valiosas razones de estado para cubrir lo descabellado de su conducta.—El necesitaba formar la familia que destruyó la muerte,—decía á sus amigos de provincia. Pero, en realidad, su casamiento halagaba otros instintos que los del corazón. No podía Isidoro olvidar su naturaleza, grandemente sensual. Sabina era un buen pedazo de carne; era un plato de manjar delicado, y por lo tanto debía de picar el gusto de Isidoro.

¿Y Elenita? ¿qué hacía aquella mariposa del convento? Revolotear en torno de los altares durante el día, y languidecer en su celda durante las horas del sueño. Desde que supo el matrimonio de su padre, vió para ella cerrada eternamente la casa donde pasó su infancia; es más, comprendió que había quedado completamente huérfana, que el escaso interés que le dispensara el autor de sus días iba á naufragar en el océano de compradas caricias de la nueva mujer. Las bodas paternas llegaron á sus oídos cuando ya estaban consumadas. Habíanse hecho sin su consentimiento.—¿Qué era ella en el mundo?—pensó.—Y esta idea fué clavándose más y más en su cerebro hasta que acabó por atravesarlo. La pobre niña murió loca invocando el nombre de su madre.

Don Isidoro es hoy el hazmerreir de Sabina; esto suele preocuparle algun tanto. Pero, lo que es la muerte de su hija, lo que es eso le tiene sin remordimientos. ¡Como que Dios se la llevó! – según dice él en su estilo de mojigato sibarita.

JOSÉ DE SILES

VELOCIPEDISTAS MILITARES

El arte militar toma actualmente de la ciencia aplicada todos los recursos de que dispone y hasta los progresos de la velocipedia son llamados á subvenir al servicio de las armas. Desde hace algunos años se sirven los alemanes de secciones de velocipedistas militares para el rápido transporte de los pliegos. En la parte de acá de los Vosgos no nos hemos descuidado tampoco en aprovecha las ventajas de un servicio análogo y se han organizado tam bién en nuestro ejército secciones de velocipedistas. El tipo del aparato adoptado es el biciclo, tal como lo representa la figura 1.ª mostrando un velocipedista militar en tiempo de campaña encargado de llevar rápidamente un pliego urgente.

Los ingleses han ido más allá, pues no sólo emplean el velocípedo para el trasporte rápido de los pliegos ó despachos, sino que también lo han ensayado con éxito para transportar municiones. En estos últimos días se hizo en Londres una curiosa prueba de este género con un aparato multiciclo construído por M. Singer.

Esta máquina, verdaderamente curiosa, está representada en nuestra figura 2, cuya composición hemos tomado del *Graphic* de Londres, y consiste en una hilera de velocipedistas hasta el número de doce, que arrastran un carro lleno de municiones: van en una sola fila y no á dos ni á cuatro en fondo, para facilitar el funcionamiento y disminuir la superficie de resistencia al viento reinante.

La rapidez del transporte en un buen camino es considerable, variando entre 16 y 25 kilómetros por hora. Una fabricación particular de guttapercha evita que se deterioren estos aparatos aun en caminos algo pedregosos. El movimiento es mandado por un solo hombre que marcha á vanguardia.

El mes pasado pudo circular la máquina por las calles más frecuentadas de Londres, y se vió girar fácilmente en un espacio menos considerable que el que hubiera necesitado un carruaje ordinario y marchar con gran rapidez, en medio del movimiento de las calles, sin que ocurriera ningún accidente.

La gente encargada de conducir este multiciclo está compuesta de voluntarios ejercitados y expertos, capaces de hacer además todos los ejercicios y maniobras militares.

El multiciclo militar de que hoy hablamos está sometido actualmente á un examen especial en el ministerio de la guerra inglés, y los ensayos se hacen en Aldershot.

FÍSICA SIN APARATOS

Póngase una botella común á algunos centímetros de una bujía encendida.

Sóplese en la botella de manera que la boca esté á unos 20 ó 30 centímetros de la botella y enfrente de la llama de la bujía, en un mismo plano horizontal.

Y, cosa singular, á pesar de la presencia de la botella que intercepta el soplo, se apaga la luz inmediatamente, como si no existiera ningún obstáculo en la dirección del soplo.

Este fenómeno se explica considerando que la botella recibe en su lisa superficie el soplo producido, que al dar en la superficie, se divide en dos corrientes, una que toma la dirección de la derecha, y otra la dirección de la izquierda; corrientes que vienen á encontrarse en el mismo punto en que se halla la llama de la bujía, y la apagan por consiguiente. Esto, después de haber apartado el aire ambiente que se desaloja para dar paso á las dos corrientes, que tienen para guiarse en sus opuestas direcciones precisamente la lustrosa superficie de la botella.

Es evidente que se puede reproducir el experimento poniendo la bujía detrás de un tubo de estufa, de un cilindro de vidrio ó de metal, de una caja cilíndrica de ho-

Procedimiento para apagar de un soplo una luz habiendo interpuesta una botella.

jalata etc. ó de otro cualquier objeto de la misma forma, de un diámetro mayor que una botella, pero no de superficie áspera ó angulosa, porque las asperezas y los ángulos serían causa de la deperdición del soplo en el aire ambiente.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN